

A la muerte de Inocencio, finalizando ya el siglo xv, el Papado aun no había podido realizar su tan perseguido deseo de soberanía temporal, ni siquiera en el grado necesario para ser respetado por sus belicosos vecinos; la obra estaba todavía por realizar, y el momento histórico parecía ser el más propicio para que fuese llevada a cabo. Sólo faltaba que ciñera la tiara un hombre, no ya falto de escrúpulos — que de éstos no andaba sobrado ninguno de los papas — sino con la capacidad, la energía y la astucia suficientes para domar a los señores feudales y con la inteligencia indispensable para contener y envolver por medio de sutiles redes de engaños diplomáticos a los reyes de Francia y España, siempre prestos a dirigir sus pretensiones hacia las tumultuosas y refinadas ciudades italianas. Inocencio VIII no había tenido ni remotamente la talla necesaria para ser el fundador de los Estados de la Iglesia Romana.

Esta debía ser la obra de su inmediato sucesor, el papa Alejandro VI, Borgia.

CAPITULO II

EL CARDENAL RODRIGO BORGIA

«Pero después comprendí que la historia no es un simple juego de abstracción, y que los hombres entran en ella por mucho más que las doctrinas.»

(E. RENÁN.)

La familia Borgia, que tanta influencia debía de tener en la historia del pontificado y de Italia en general, era originaria de España, habiendo nacido su fundador, Alfonso Borgia, en el reino de Valencia. Su verdadero ape-

llido era Borja, pero por haber pasado más tarde a Roma, cambiaron esta ortografía según la pronunciación italiana. La familia española de los Lanzol, se hallaba estrechamente vinculada a los Borgia por el matrimonio de Isabel Borja, hermana de Alfonso, con don Godofredo Lanzol, rico gentilhombre veneciano. De este matrimonio nacieron, además de muchas hijas, dos hijos, Pedro Luis y Rodrigo; cuando Alfonso Borgia subió al trono pontificio con el nombre de Calixto III, adoptó a los dos hijos de su hermana y dióles a ambos su nombre de familia, viniendo en esta forma los Lanzol a transformarse en miembros de la casa Borgia. Calixto colmó a ambos de favores, dando a Rodrigo la dignidad de cardenal a los veinticinco años de edad, y haciendo de Pedro Luis su favorito. Efectivamente, nombró a este último — un año solamente mayor que Rodrigo — capitán de la Iglesia, prefecto de la Villa, conde de Spoleto y finalmente vicario de Terracina y Benevento. Esto indignaba y sublevaba a la nobleza italiana, especialmente a los Colonna y los Orsini, que veían a los extranjeros detentar en la corte pontificia honores y riquezas que ellos juzgaban corresponderles de derecho. Pocos días antes de la muerte de Calixto, en agosto de 1458, se produjo en Roma un gran levantamiento de los barones, del cual a duras penas escapó con vida el privado del papa; pero en diciembre del mismo año de 1458, murió Pedro Luis de muerte repentina a los veintiocho años, es decir, tres menos de la edad a que había de morir César Borgia, de quien fuera un verdadero precursor. El cardenal — a la sazón vicecanciller de la Iglesia — heredó los cuantiosos bienes de su hermano, viendo luego sucederse los papas sin que su alta posición fuera por ello amenazada.

Era Rodrigo hombre dotado de una belleza notable, condición esta común de su familia; de una constitución física

extraordinariamente vigorosa, y de una naturaleza extremadamente sensual, que lo arrastraba a los peores excesos de conducta; aspectos de su persona estos dos últimos que revisten interés, ya que todo su pontificado se halla por ellos determinado e influído. Cortés y pulido en sus maneras hasta el extremo y sumamente elocuente, según el testimonio de Hieronymus Portius, citado por Gregorovius (1), sabía cuándo era necesario tomar una resolución rápida y desplegar una energía que su célebre hijo César debía después llevar a su más alto grado. Maestro en el arte del disimulo y del engaño, mentía con una habilidad asombrosa; cualidad que, perfeccionada por una larga práctica, le sirvió a maravilla durante los años que rigió los destinos de la Iglesia. Hay a este respecto un juicio del sutil secretario florentino sobre Rodrigo Borgia, ya papa, que a nuestro modo de ver es el más perfecto y acabado que se haya hecho sobre la personalidad de este pontífice. Dice Maquiavelo : « Alejandro VII no hizo más que engañar a los hombres; nunca pensó en otra cosa y siempre tuvo ocasión de hacerlo; no hay hombre que supiera prometer con más desfachatez, ni prestar mayor número de juramentos, sin cumplir nunca ni lo jurado ni lo prometido; pero siempre le hizo triunfar la astucia, porque conocía bien a las personas » (2). Es aquí en esta faceta de su personalidad tan magistralmente puesta de relieve por el autor de *El príncipe*, donde está la explicación de toda su política y el instrumento de todos sus triunfos.

Este hombre, tan fuertemente dominado por el sensualismo, tenía algunas buenas cualidades : era parco en las

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 33.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 125.

comidas como un verdadero español y no se dejaba llevar fácilmente por la cólera; en realidad, su natural era espontáneamente bondadoso, palabras que bien pueden parecer paradójicas tratándose de un hombre que fué más tarde el papa Alejandro.

Su vida privada es poco conocida durante los pontificados de Pío II, Pablo II, Sixto IV e Inocencio VIII. Del primero de estos papas se tiene un monitorio fechado en junio de 1460, enviado por él a los baños de Petriolo, donde se encontraba entonces el cardenal, en el que lo reprende con moderación por el género de vida licenciosa a que se halla entregado, y le hace observaciones prudentes, tratando de convencerlo de que no es ésa la forma de vivir más adecuada para una persona de su rango en la Iglesia. Es un documento curioso, muy interesante y útil para formarse una idea de las costumbres de la época, que permitía a un prelado de tan alta posición, llevar una vida como la que Pío II no se atreve a calificar en el monitorio antes mencionado.

De una romana llamada Rosa Vannozza Catanei, tuvo el cardenal Rodrigo varios hijos, todos reconocidos : Pedro Luis, Juan, César, Lucrecia y Godofredo. No nos interesa mayormente, dada la índole de este trabajo, el averiguar si la Vannoza era en realidad la madre de don Pedro Luis, el primogénito, cosa que no está enteramente probada; en lo que respecta a los cuatro siguientes, el hecho es de una verdad indiscutible. Referente a la edad de los hijos del cardenal Borgia, da Gregorovius los siguientes datos : « La fecha del nacimiento de estos bastardos de Rodrigo Borgia ha permanecido hasta hoy desconocida y diferentes conjeturas se han formulado sobre ella; yo he descubierto en documentos irrecusables, la fecha de la de César y la de Lucrecia y así se encuentran definitivamente

rectificados muchos errores relativos a la genealogía y aun a la historia de esta casa. César nació en el mes de abril de 1476 (no se conoce el día preciso), y Lucrecia el 18 de abril de 1480. Su padre, siendo ya papa, ha fijado él mismo la edad de sus dos hijos. En octubre de 1501, habló con el embajador de Ferrara que da cuenta de esta conversación al duque Hércules en los términos siguientes : « El papa me ha hecho conocer que la duquesa (Lucrecia), tiene 22 años, que serán cumplidos en abril próximo ; en la misma época el ilustrísimo duque de Romaña (César), cumplirá 26 años. » Si la exactitud de las indicaciones dadas por el papa sobre la edad de sus hijos pudiera ser puesta en duda, las otras referencias y documentos que voy a citar harán desaparecer toda vacilación a este respecto. En los despachos que un embajador de Ferrara (Gianandrea Boccaccio) mandaba a Roma al mismo príncipe muchos años antes, es decir, en febrero y marzo de 1493, él calcula la edad que tenía César en esta época en 16 ó 17 años, lo que concuerda con la referida más tarde por su padre. El hijo de Alejandro VI era algunos años más joven de lo que hasta aquí se le creyera, y este punto es importante para el historiador de su corta y terrible existencia. De aquí resulta que Mariana y otros autores que lo han seguido, han cometido error al afirmar que César, que era el segundo hijo de Rodrigo, fuera mayor que su hermano Juan. Este último debía, por el contrario, tener dos años más que César ; las relaciones venecianas (Martín Sanudo) mandadas de Roma le llaman en octubre de 1496, joven de 22 años ; él era, pues, nacido en 1474 (1). Como se ve por las palabras transcritas, queda perfectamente probada por documentos cuya ve-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 39 y sig.

racidad es indiscutible, la edad respectiva de los hijos de Rodrigo y la Vannozza. De ellos, los únicos realmente interesantes son César y Lucrecia, ya que los demás fueron figuras de segundo orden aun el mismo Juan, cuyo asesinato en plena juventud lo haría desaparecer bien pronto de la escena política. En la época en que nació el último de ellos, Godofredo, el cardenal Borgia era ya uno de los más ricos príncipes de la Iglesia; vivía rodeado de gran esplendor y entre los nobles romanos eran sus protectores y amigos los Orsini, los Porcari, los Cesarinis y los Barberini. A pesar de todo no educaba a sus hijos en la forma que hubiera podido hacerlo dada su alta posición, sino que los tenía en un ambiente mediano, haciéndolos pasar oficialmente por sus sobrinos.

Había destinado a César a la Iglesia; pero éste no miraba con simpatía los deseos de su padre, porque su ambición se encontraba molesta entre las vestiduras eclesiásticas. En 1490, cuando no tenía más que 14 años, su padre obtuvo para él de Inocencio VIII, el cargo de protonotario apostólico. Por ese año César seguía sus estudios en el colegio de la Sapienza, de la Universidad de Perusa, en la que se encontraba seguramente desde 1488. En este año Pablo Pompilio le dedicó su obra la *Syllabica*, alabando en el prefacio las nacientes dotes de César y deshaciéndose en elogios sobre el niño, como era costumbre en los poetas cortesanos de la época. Predecía también la gloria futura de César al que llamaba « esperanza y ornamento » (*spes et recus*) de la casa Borgia (1). En 1490, el joven mostraba ya una marcada inclinación por el estudio de las letras clásicas, afición que debió serle inculcada por su preceptor, célebre retórico mallorquino, miembro de la

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 87.

Academia de Pomponius Letus. Al año siguiente Inocencio VIII a pedido del cardenal Borgia, hizo a César obispo de Pamplona; el obispo adolescente había pasado a Pisa, en cuya universidad enseñaba derecho el famoso canonista milanés Felipe Decius. Esto era causa de que la Universidad fuera una especie de punto de cita y reunión de los hijos de las mejores familias italianas. César llevaba ya una vida fastuosa, realmente principesca, hallándose unido por lazos de amistad con los Médicis. Le acompañaban en la Universidad dos españoles, Francesco Remolini, de Ilerda, y Juan Vera, de Arcilla, ambos protegidos de su padre.

En tal forma se educaba afinando su espíritu con todos los resortes de la filosofía, de las letras y el derecho, este hombre extraordinario que debía ser a los 26 años señor de media Italia y en cuyo carácter y vida halló materia para escribir muchas páginas de un libro desconcertante, el genio de uno de sus contemporáneos. La época que pasó en Pisa y en Perusa fué la más traquila de su vida, pues apenas subió el ardenal Borgia al trono pontificio, empezó César a tomar una parte activa y decidida en la política italiana, con una decisión que para cumplir sus propósitos no se detuvo ni siquiera ante el fraticidio, y que debía llevarlo, muy joven aun, al fin de su terrible y trágica vida.

Tan bello como su padre, la hermosura demasiado material de Rodrigo se hallaba en él como aligerada y espiritualizada, teniendo en sus rasgos esa delicadeza y esa figura que constituyen la más poderosa seducción de los hombres, cuando van unidas a una energía y carácter realmente viriles. En el caso de César, deberíamos decir mejor siniestramente virilse. Dmitri Merejkhovsky hace su descripción de mano maestra hacia el año de 1499 o sea cuando

César contaba 23 años : « En su rostro pálido, enmarcado por cabellos rubios y largos y barba fina del mismo color, destacábanse dos ojos negros, de endrina, penetrantes, dulcísimos » (1). Es bajo ese aspecto que se nos presenta en un retrato del autor desconocido existente en la Galería degli Uffizzi en Florencia; y tan violenta era la atracción ejercida por esta belleza delicada unida a la actuación terrible y brillante de César, que en la época de su máximo poderío; no había acaso una mujer italiana que no se hallase vagamente enamorada del gran gonfaloniero de la Iglesia.

Tenía una inteligencia fría y despierta, un talento claro capaz de concebir y realizar los más atrevidos proyectos, ayudado por una extraordinaria voluntad; y además una audacia sin límites, una total y absoluta falta de escrúulos, una inmoralidad asombrosa, que era por cierto la de su tiempo y la de sus contemporáneos, pero que en él adquiere mayor relieve debido a la posición tan visible a la que le llevaron sus continuos esfuerzos. A esto hay que agregar una cortesía exquisita, una alegría y una jovialidad perfectas y una magnífica serenidad de expresión, cualidades estas dos últimas que había heredado de su padre. Gianandrea Boccaccio — citado por Gregorovius — embajador de Ferrara en la corte pontificia, hace esta animada pintura de César hacia el año 1493, siendo ya el joven arzobispo de Valencia : « Tiene un genio vasto y superior y un natural excelente; su aspecto exterior es el del hijo de un gran príncipe; es, sobre todo, alegre y jovial; todo es fiesta en él. Tiene plena seguridad sobre sí mismo y una figura mucho mejor y más distinguida que su

(1) D. Merejkowsky, *La resurrección de los dioses*, parte II, capítulo III, pág. 203.

hermano el duque de Gandía. Aunque este último está también bien dotado » (1). Cuando Rodrigo Borgia subió al trono en 1492, su hijo César tenía solamente 16 años.

Lucrecia, la única hijo que el cardenal Rodrigo tuvo con la Vannozza, debía desempeñar también un papel importante en la política que condujo al papado a su más alto grado de esplendor, culminación que se produjo durante el pontificado de León X. Efectivamente, Lucrecia no fué durante toda su vida hasta el matrimonio con el duque de Ferrara, nada más que un instrumento dócil en manos de su padre y de su hermano, que la hicieron servir cuantas veces les fué necesario para secundar sus planes ambiciosos. De una belleza suave y graciosa, desprovista en absoluto de carácter y personalidad, espíritu dominado por una inconcebible ligereza y dispuesta siempre a inclinarse y aun a seguir complacidamente los designios y mandatos de ellos, esta hija de Alejandro constituye juntamente con su padre y con César, la trinidad característica de los Borgia, pareciendo haberse fundido en ellos solos todo el espíritu de su familia. Ni Juan, ni Godofredo, ni mucho menos Pedro Luis, que murió en España en 1491, presentan ninguna de las modalidades que acercan y confunden tan estrechamente a Alejandro, César y Lucrecia. Ellos son los que manejan los complicados hilos de la política, y Lucrecia — que a los 20 años, en ausencia del pontífice, tiene el sello de la Iglesia y preside el Colegio de cardenales — es la encargada, por medio de sus sucesivos matrimonios, de dar al papa las alianzas que éste necesita para que César consiga llevar a cabo sus vastos sueños de dominio.

No tenía más que 11 años en 1491, cuando su padre la

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 116.

prometió a un noble español, don Querubín Juan de Centellas, señor del valle de Ayora en el reino de Valencia y hermano del conde de Oliva (1). Los contratos de matrimonio fueron redactados en junio de ese mismo año, estipulándose la dote de la novia y quedando al parecer todo listo para que fuera realizado; pero debido a obstáculos que se ignora cuáles pudieran ser, o quizás a acusa de un cambio sobrevenido repentinamente en las miras del cardenal con respecto a su hija, estas negociaciones quedaron rotas sin haberse llegado a conclusión alguna. Rodrigo tenía ya otro novio con quien reemplazar al señor de Centellas, otro español llamado don Gaspar, hijo de don Juan Francisco de Prócida, conde de Aversa. En lo que se refiere a este asunto de los noviazgos de Lucrecia hay un punto que permanece oscuro, pues en un acta del notario Beneimbe-ne se expresa que en abril de 1491 los esponsales de Gaspar y Lucrecia habían sido cumplidos en forma por procuración, y como no es posible dudar de la fecha por hallarse ésta corroborada en otros documentos fehacientes de la época y como al mismo tiempo en junio de ese año se realizaban los pasos para el matrimonio con don Querubín, resulta de aquí la circunstancia extraña de que Lucrecia se hallara en 1491 prometida a la vez a sus dos pretendientes. Por cierto que este último matrimonio, al igual que el anterior, no fué realizado, porque habiendo Rodrigo subido al trono pontificio en esa época, la alianza con un simple gentilhombre español resultaba demasiado insignificante para la bastarda de un papa. La verdad es que aun cuando Lucrecia no había podido llevar a cabo su matrimonio con estos dos novios de su infancia, más adelante debía de ser resarcida con exceso.

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 89.

De entre todos sus hijos, el preferido del cardenal era Juan, que a la muerte de su hermano Pedro Luis había heredado el título de duque de Gandía. Juan casó con doña María Enríquez, joven perteneciente a la alta nobleza valenciana, poco tiempo antes de que su padre fuera elegido papa; era ella hija de don Enrique Enríquez, conde de León y de doña María de Luna, próxima parienta de la casa real de Aragón. Como se ve, el hecho de que fueran bastardos no impedía a los hijos del cardenal Rodrigo hacer casamientos brillantes.

En cuanto a Godofredo, el hijo menor, futuro príncipe de Esquilache, no tenía en 1492, al subir Alejandro VI al trono pontificio, nada más que 10 años.

Ninguno de los hijos del cardenal vivía con su madre la Vannozza, pues lo hacía esta con su amrido, con quien le había hecho contraer matrimonio el mismo Rodrigo. En la época en que este hombre de poco más 60 años ciñó la tiara, alimentaba una pasión senil por la hermosa Julia Farnesio, llamada Julia la Bella, hermana de Alejandro Farnesio que fué hecho cardenal por Rodrigo, siendo uno de los de mayor privanza durante toda la primera mitad de su pontificado. De las adulteras relaciones de Julia con el papa Borgia y de la privanza de Alejandro Farnesio originada por estas relaciones, arranca la grandeza de la casa Farnesio, que se extingue más tarde sobre el trono de España en la persona de Isabel.

A la muerte de Inocencio VIII en 1492, el vicecanciller Rodrigo Borgia era el más rico y uno de los más influyentes miembros del Colegio de cardenales. Su edad, su posición y sus riquezas, le ponían, pues, en condiciones de aspirar al papado.